

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



AMOR AL VUELO

POR
DOUGLAS MAC-LEAN

N.º 103

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 103

Amor al vuelo

*Chistosísima comedia americana, interpretada
por el simpático artista*

DOUGLAS MAC-LEAN

secundado por la bellísima

MARGARET MORRIS

Producción PARAMOUNT

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

ESTRATEGIA ALTAZAR

J. Horta, impresor - Barcelona

Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

AMOR AL VUELO

Argumento de la película

En el domicilio de Alan Boyd hay un inusitado movimiento. La cosa no es para menos: Alan, ciegamente enamorado de una belleza neoyorkina, de las que hasta ganaron premio en un concurso de pantorrillas, debe celebrar hoy el enlace.

En su casa se encuentra, en el momento que les hallamos, su consocio de la firma comercial que los dos regentan y buen amigo David Barton, empedernido solterón, que reniega del matrimonio y da buenos consejos a Alan, para que no se case.

—Vamos a ensayarla una vez más, David.

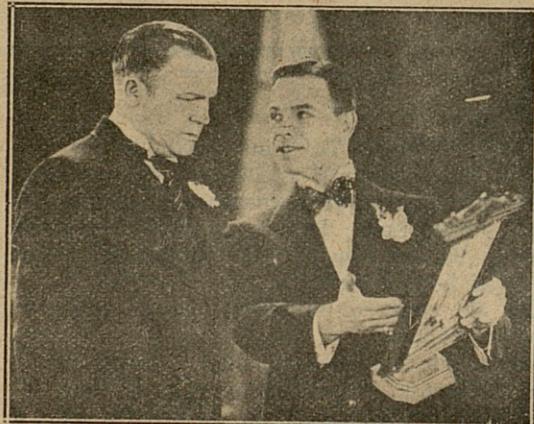
—Pero, hombre, ¿no lo hemos ensayado ya diez veces? — replicó su amigo.

—Sí, pero yo no quiero olvidarme un solo detalle en la Iglesia.

—No te apures — dijo David con sorna —, que después que te hayas casado no olvidarás un detalle en toda tu vida.

Y por undécima vez repitieron la operación.

David actuaba de sacerdote y tenía el libro de rezos en la mano. Alan, de lo que era: de novio; y la novia era un viejo criado de Alan. La ceremonia así se efectuaba espléndidamente. Las preguntas y respuestas se efectuaban con toda serenidad, y al final venía



—¿Qué te parece?... ¡qué hermosa!... Dentro de dos horas será la esposa de Alan Boyd.

la introducción del anillo en el dedo de la presunta novia.

Alan rebosaba satisfacción. Lo había hecho maravillosamente. Intentó aún hacerlo una vez más, pero su amigo no estaba para más impertinencias y lo mandó a paseo. Vien-

do que ya no podría repetir el experimento aquel que le era tan grato, fué a buscar el retrato de su novia. Entablóse el siguiente diálogo entre el amante de Himeneo y el del celibato.

—¿Qué te parece?... ¡qué hermosa!... Dentro de dos horas será la esposa de Alan Boyd.

—El hombre que se casa es porque está loco... Las mujeres son tan indignas de confianza como un aparato de radio hecho en casa.

—Pero, mírale los ojos... Sinceros, leales, abnegados...

—He visto gatos que tienen los ojos como ella... y arañan.

—La curva del tobillo indica dulzura y ternura...

Y al pronunciar estas palabras enseñó a su amigo la página del libro: "El tobillo signo de carácter". Leyó en voz alta:

Estas curvas encantadoras indican dulzura y ternura. Cuando el arco del pie es algo pronunciado, se nota en la persona cierta tendencia a la volubilidad.

Y luego con cierto énfasis añadió:

—Este libro lo escribió una gran autoridad en mujeres y un gran observador de pantorrillas.

Llamaron, y mientras el criado fué a abrir, a Alan ensanchósele el corazón presintiendo qué su novia, no pudiendo ya resistir tanto tiempo sin verle, le mandaba algún recuerdo...

Un telegrama; y de "ella"...

Se ruborizó. No quiso leerlo en voz alta y se lo entregó al amigo, quien leyó:

Me he fugado con Percy Harman. Hoy salimos para Europa. Perdona y olvida.

Constancia

El libro tenía razón: *Un arco algo pronunciado indica volubilidad...*

David, siempre zumbón, le tranquilizó:

—Alégrate de ello... Cuántos hombres no han tenido que casarse para aprender lo que tú sabes.

—Tienes mucha razón... Desde este momento no quiero saber nada de las mujeres.

**

Uno de los más grandes competidores de la casa Boyd & Barton es el maníático y cascarrabias Federico Raynor, que si bien tiene muy mal genio tiene, en cambio, una hija linda y coqueta que quita el hipo.

Hállase Federico Raynor en su oficina particular. Está excitadísimo por un artículo que acaba de leer en el periódico:

EL LOBO DE WALL STREET TRASQUILADO POR LOS BORREGOS

Federico Raynor recibe una tunda fenomenal a manos de Boyd & Barton en la Bolsa.

Su hija, que ha entrado en aquel momento, procura tranquilizarle, pues a ella en aquellos momentos no le interesa sino que su padre esté de buen humor, para sacarle la promesa de que aquella noche la acompañará a la fiesta que se da en el Ritz, y de la que es una de las organizadoras, junto con su madre.

Después de un verdadero pugilato de palabras, Elena, que este es el nombre de la beladad heredera de Raynor, consigue de su padre la promesa de que las acompañará al festival.

Conseguido su objeto, sale a la calle con el ánimo bien dispuesto para endosar invitaciones para aquella noche a 2'50 dólares cada una, a cuantas amistades tengan la fortuna de encontrarla en su camino.

Alan Boyd, después del fracaso de su matrimonio, lánzase a la calle con objeto de alejar de sí los malos pensamientos que acuden a su mente. Viste el elegante traje con que debía llevar al altar a la infiel Constancia: chaquet y chistera.

Una linda muchacha con un traje de turca se interpone a su paso, ofreciéndole invitaciones para la velada de aquella noche en el Ritz. Inconscientemente toma dos, pero cuando la muchacha, para darle mayor satisfacción, le dice que allí encontrará chicas muy guapas, nuestro hombre rompe las dos invitaciones y sale como espíritu que lleva mal diablo.

A continuación tiene otro tropiezo. Se en-

cuentra con un amigo al que hacía mucho tiempo no había visto. Este le ensalza la vida de los casados, de tal manera que Alan se siente ya dispuesto a soltarle unas palabras despectivas para los inocentes que tal pién-



Una linda muchacha con un traje de turca se interpone a su paso...

san... pero se da cuenta de que lleva unos juguetes y comprende lo que para él significa una tragedia: ¡que el infeliz está casado!

Pero no tenían que parar aquí los tropiezos de Alan. Andando con paso algo rápido coincidió cruzar una calle en el mismo instante que lo hacía una deliciosa morena, cuyo

bien torneado tobillo habíale llamado la atención. Cuando iba a alcanzarla, y mientras se prometía interiormente no mirarle la cara, el pie de ella se torció, dislocándosele y haciéndola caer en el suelo.

Alan, muy galante, alzó rápidamente y tomándola del brazo la acompañó hasta la acera, donde ambos se sentaron, para ver qué era lo que se había hecho la bella desconocida.

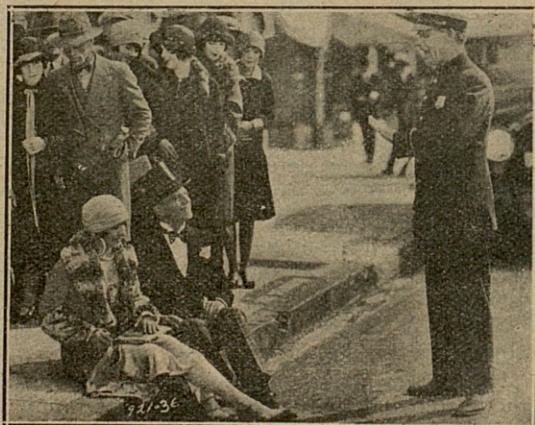
El público fué deteniéndose y engrosando el grupo cada vez más al ver tan elegante pareja sentados en la calle cerca del arroyo. Se hallaban precisamente en una de las vías más céntricas de la ciudad; un camión detuvose para descargar la mercancía que llevaba y tras él se fueron párando coches y vehículos de todas clases, hasta que tuvo que acudir la policía y hacerlos marchar de allí quieras que no, para que no se interrumpiera el tránsito.

En tal apuro Alan tomó delicadamente en sus brazos a la simpática desconocida que no era otra que Elena Raynor, y parodian do a don Juan, llevósela hasta dar con un taxi y acompañóla al Ritz, donde la esperaba su madre.

En el coche, mientras, Elena se dolía de su tobillo, dislocado seguramente, dejando su pantorrilla al aire; y Alan notaba que en su cuello se le hacía un nudo y sus ojos se iban electrizados tras aquellas líneas esculturales. Elena se dió cuenta y miró severamente a

Alan porque se aprovechaba del descuido que había tenido a causa del dolor. Este disimuló:

—¿No sabe usted que se puede adivinar el carácter de las mujeres por medio de las curvas?



... hasta que tuvo que acudir la policía y hacerlos marchar de allí quieras que no...

Y sacando el libro que ya conocemos, miró descaradamente las piernas de Elena y se puso luego a hojearlo.

Leyó:

EL PERFECTO TOBILLO

La armonía de estas curvas ideales indica

un carácter bondadoso y ecuánime; lealtad, constancia y devoción al ser amado.

A Elena hizole mucha gracia el desparpajo de Alan, y empezó a encontrarle interesante bajo muchos conceptos.

Ofreciéole invitaciones para la velada de aquella noche, que él no rehusó, cuando supo que también Elena asistiría a ella.

En el Ritz se hallaba la madre de Elena dando las últimas órdenes para que la fiesta no careciera de ningún detalle.

Allí se encontró "casualmente" con Schuyler Van Loon, que pretendía la mano de su hija, la encantadora Elena. Cuando por propia boca de Schuyler supo que quería a su hija, ella, que sentíase muy honrada con la petición del ricachón, le contestó:

—Me alegro mucho que Elena le sea a usted simpática. Le doy mi consentimiento para que se le declare hoy mismo.

Cuando al poco rato vieron llegar a Elena acompañada del elegante Alan, su desencanto no tuvo límites, hasta que pudieron observar que andaba cojeando y apoyándose necesariamente en el brazo del caballero desconocido.

Una presentación fría y un acogimiento glacial fué el resultado de haber entrado el galante Alan del brazo de Elena. De todos modos no le faltó la mirada prometedora de ésta, para aquella noche, que le devolvió la tranquilidad y la satisfacción, pensando que si no era del agrado de los otros ya era del gusto de ella...

Y con una sonrisa de hombre feliz se fué a la oficina a buscar a su buen amigo David.

Libre ya de la pesadilla de su socio, David se entregaba en cuerpo y alma al negocio. Mientras más atareado estaba, entró furioso un caballero, con ademanes descompuestos y voz chillona.

—¿Cómo se atrevió usted a sobornar a los repórters para que escribiesen semejante patraña?

David, imperturbable, levantó la vista y quedóse mirando fijamente al que había tenido entrada tan brusca. Era Federico Raynor.

Sonrió levemente y mandó retirar a la tui-mecanógrafa, que le ayudaba en aquel momento. Una vez quedaron solos, se levantó y dijo:

—Ahora veremos de los dos, quién es el que más grita.

Pero el viejo no se dejaba achicar por nadie y continuó blandiendo la lengua de un modo que hería todos los sentimientos.

David, luego, intentó apaciguarle, para ver si así lograba calmarle; pero Federico Raynor, creyendo era esto hijo de la debilidad, reanudó la serie de denuestos e imprecaciones. Ya indignado completamente, David lo sujetó por los brazos y obligóle a sentarse en un diván.

—Siéntese y tome tila. Si quiere guerra tendrá guerra; si quiere paz, seremos amigos.

Entró Alan rebosando alegría.

Se dirigió derecho a David y abrazándole fuertemente pretendió contarle las alabanzas y la excelsitud de las mujeres bellas.

Federico Raynor volvió a dejar sentir su voz, y Alan, a quien el amor hacia que todo lo viera color de rosa, pretendió, como antes su amigo, tranquilizarle.

—¿Por qué no hacemos las paces, señor Raynor?

—¿Yo hacer las paces con usted? ¡Nunca!

Y calándose el sombrero hasta las orejas desapareció.

No le importaba a Alán que el viejo se fuera de mal humor; él estaba contento y esto bastaba.

Insinuó a David:

—Vamos a una fiesta...

Y como él no le hiciera caso, continuó:

—Allí verás una multitud de lindas muchachas...

—¿No me dijiste que habías acabado con las mujeres para siempre?

—¿Acaso no puede un hombre cambiar de pensamiento?

Luego, como si se lo contara a sí mismo, con voz muy queda comenzó:

—Oyeme, anacoreta... Acabo de encontrar a la mujer más encantadora del mundo... Se lo debo al destino...

Acercóse más a su amigo, que lo miraba como miraría a uno que hubiera perdido el juicio,

—... iba cruzando la calle...

Y le relató con toda serie de detalles, desde el encuentro, la caída y la escena del guardia, hasta llegar al Ritz donde la dejó con su mamá.

Cuando hubo terminado, se dió cuenta de que estaba solo. Su amigo habíase sentado a su mesa y continuaba su trabajo, dejando a Alán con los detalles minuciosos de su encuentro con una morena...

*
**

El Bazar de Caridad, nombre que se daba a aquella fiesta del Ritz, era uno de los acontecimientos sociales más notables de la temporada. Era el lugar de reunión de las aristocráticas familias de Nueva York.

Un baile de trajes, en combinación con una tómbola y atracciones diversas, combinadas para hacer saltar los billetes de las carteras de los ricachones, quienes parecía no se daban cuenta del saqueo mientras fueran unas blancas manos las que les dieran el tirón.

Los hombres iban todos vestidos de rigurosa etiqueta, y las mujeres, ricamente ataviadas con disfraces de esmerado gusto; pero dominando, según era ya tradicional, el vestido de oriente, con el turbante cubriendo el rostro.

Era un ir y venir incesante de las alegres mascaritas. Una carcajada continua oíase en el salón, pues que aún no habíase apagado el

eco de la primera, que ya resonaba el eco de otra, y otra, y otra más allá.

La única nota de seriedad dábanla las brillantes solapas de las levitas y smokings de los almidonados caballeros, que iban de un lado a otro del salón paseando su prosopopeya, hasta que tenían la suerte de dar con una riente pierrot o una tentadora odalisca que les hacía gustar las dulzuras del "flirt".

La música era el mayor disolvente de los grupos. A los acordes del jazz, viejos y jóvenes sentianse con deseos de tanguear. Pero, ya en los tiempos del charlestón, sólo los jóvenes sentían la recíproca atracción que les invadia para moverse y puntear el epiléptico baile.

Cuando Alán y David llegaron, ya la fiesta estaba en su apogeo. A quien primero hallaron a su paso fué a Schuyler Van Loon, quien, reconociendo a Alán, le dijo sonriente:

—Ya sé a qué ha venido...

Hizole un guiño significativo con el ojo y añadió:

—La encontrará arriba... No puede usted equivocarse... Anda vestida de turca.

Pero a Schuyler no le hizo mucha gracia la llegada de Alán. Se dirigió inmediatamente a buscar a la madre de Elena.

—Señora Raynor, él está aquí... Ahora está arriba buscando a Elena...

—Yo me encargo de hablarle. Usted no se apure.

Y se fué presurosa en busca de Alán para

desengañarle y decirle que no pretendiera a su hija.

Entretanto Alán subió al salón de las atracciones y tuvo la inmensa fortuna de dar en el acto con una turca. Ya le iba a hablar cuando



Ya le iba a hablar cuando vió pasar por su lado a otra que se parecía más aún a Elena que la primera.

vió pasar por su lado a otra que se parecía más aún a Elena que la primera.

Comprendió que había sufrido un error. Y se lanzó en persecución de la segunda. Pero, ¡oh, horror! en cuanto se dió cuenta pudo observar que de turcas no había una sino veinte, cincuenta, cien...

Tuvo un momento de desanimación, pero seguidamente sonrió. Había dado con la solución. Se lo dijo a David.

—Ya la encontraré... La conoceré por el tobillo.

Además le dió las instrucciones necesarias para que también él le ayudara a hacer gestiones.

—Mira, tiene el tobillo izquierdo con una pequeña prominencia, que seguramente estará más acentuada por efecto de la dislocación.

Y con otras semejantes instrucciones y el libro "El tobillo signo de carácter", mandó a su amigo a la busca y captura de una encantadora turca que se llamaba Elena.

Una al parecer hermosa turca pasó entonces. Cortésmente la detuvo, y ella aunque no conocía a aquel caballero, previó una cómica equivocación y obedeció. Mas cuando Alán agachóse y mirándola los pies, preguntó:

—A ver ¿cómo tiene usted el tobillo?

Indignóse la belleza, que contestó:

—A usted, ¿qué le importa?

Y lanzándole una mirada furibunda, con la que sin duda quería pulverizarle, le soltó como un latigazo:

—¡¡¡Grosero!!!

Ante aquel chasco, Alán no se atrevió a dirigirse a ninguna otra muchacha.

La escena anterior no había pasado desapercibida para todos. El Jefe de Policía Murphy la contempló desde los primeros de-

talles y prometióse no perder de vista a aquel fresco para darle un disgusto tan pronto como reincidiera con sus impertinencias a las honorables damas que honraban aquella fiesta benéfica. Pero Murphy aun tuvo más motivos de desconfianza con respecto a aquel individuo, que llamaba la atención por su comportamiento ante las señoras. Otro, desconocido también para él, hacia señas a Alán, aludiendo al parecer a las señoras que tenía cerca de sí, y éste le contestaba también por signos. Uno y otro parecían no ver de las señoras otra cosa que los pies. El Jefe de Policía no les perdía de vista, y, cada vez más intrigado, se preguntaba qué clase de malhechores serían aquellos que sólo pretendían el zarpazo de sus víctimas.

Tranquilizóse, empero, cuando vió que la esposa de su buen amigo Raynor se acercaba al sujeto de la frescura ante las señoras y parecía hablarle con cierta familiaridad.

Efectivamente, la madre de Elena halló por fin a Alán y después de los saludos de rigor le preguntó, como sin darse cuenta del daño que hacía:

—¿Ha visto usted al novio de mi hija?

Y al ver la cara de sorpresa que puso su interlocutor, añadió:

—¿No sabía usted que Elena estaba prometida en matrimonio con el señor Van Loon?

Estas palabras dejaron a Alán completamente anonadado. Ya no se interesó más por la jovencita turca, e incluso estaba ya deci-

dido a abandonar el local, donde sólo desengaños y chascos había recibido.

En aquel momento de desánimo fué cuando la propia Elena, vestida de turca, pero con el rostro descubierto, pasó ante él. Habló con ella por educación, mas no porque tuviera el más mínimo deseo de dirigirle la palabra. Unas palabras no muy discretas:

—Me acaban de decir, Elena, que está usted prometida en matrimonio con el señor Van Loon.

Ella, muy seria, le repuso:

—No es cierto que esté comprometida.

—Ah! La satisfacción volvía a adueñarse de él.

—Allí está mi papá; voy a presentárselo.

Dejó a Alán solito mientras ella se dirigía a buscar a su genitor que acababa de entrar en el salón. Le dió un beso y le dijo:

—Papá, ven conmigo, que quiero presentarte a un joven muy simpático.

Entretanto Alán seguía haciendo señas a su amigo David. Cuando tras larga discusión por el telégrafo de señales hízole comprender que se acercara hasta él, díjole que por fin la había encontrado, más que nunca encantadora, y que en aquel momento, el más feliz de su vida, en que iba a serle presentado por la propia Elena su padre, quería que su buen amigo David participara también de su alegría.

Elena se fué acercando acompañada de su papá. Pero ¿sería en efecto su papá? — se

preguntaban extrañados los dos amigos — aquél maldito viejo de Federico Raynor?

La simpatiquísima Elena hizo la presentación y Federico Raynor, que estaba tan molestado con la razón social Boyd & Barton, al ver que el joven tan simpático de quien



...al ver que el joven tan simpático de que le hablarla su hija era uno de sus más encarnizados competidores...

le hablarla su hija era uno de sus más encarnizados competidores, les hizo una reverencia rígida y les volvió la espalda.

Elena tuvo que disimular.

—Ustedes dispensen. Papá tiene uno de sus terribles dolores de cabeza...

—Por mí no le hace... — contestó, muy corriido, Alán.

—Con su permiso... Tengo que volver a mi tienda a adivinar el futuro.

—¿Quiere usted adivinar el mío?

Ella hízole un signo con la cabeza, queriendo decir que muy gustosa, y que la siguiera.

David aprovechó un momento para decir a su consocio:

—¿Cómo es posible que habiendo tantísimas mujeres en Nueva York te hayas decidido por la hija de ese cascarrabias?

—Ese viejo cascarrabias nos va a salvar con su jaqueca. Vete a la farmacia a comprar unos polvos para el dolor de cabeza.

—No te comprendo.

—La idea es hacerle socio, ¿no es eso? Verás cómo nos lo conquistamos.

Elena penetró en una tienda que se había hecho montar con sedas y tapices, donde ella actuaba de vidente, cartomántica y otras cosas. El objeto, como ya hemos indicado más arriba, consistía únicamente en hallar medios de que se vaciaran las carteras de los caballeros, por su propia voluntad... ya que en los dictados de su conciencia parecía que los pobres y los desvalidos con sus miserias no podían conseguirlo. Elena había ideado aquella salida que, por otra parte, era el éxito más definitivo del Bazar de Caridad.

Distribuyó los naipes sobre una mesa. Fué descifrando su significado con relación a la

vida de Alán. Observó que éste se había sentado a su lado y tenía puesta la mirada en ella.

—Usted no mira las cartas...

—Elena, ¿cree usted en el destino? — dijo por toda respuesta.



—Elena, ¿cree usted en el destino?

Notó que un ligero rubor invadía el semblante hechicero de la grácil morena de sus sueños. Continuó él mismo, cual si hubiera recibido contestación afirmativa a su pregunta:

—Yo también... Por ejemplo, si hoy no se hubiese dislocado el tobillo, ahora no estaríamos aquí juntos.

—Me parece tan inesperado y repentino...

—Inesperados y repentinos también fueron los amores de Romeo y Julieta — arguyó él.

La mamá de Elena entró en la tienda mirando severamente a los dos enamorados. Schuyler, que estaba atento a cuanto hiciera Alán, fué a avisarla tan pronto como vió que entraban en la tienda. Esta corrió presurosa, y si bien no pudo notar en sus actitudes nada censurable, hubo de reprochar a Elena que estuviera sola con Alán, que tenía el gran defecto de no haberle caído en gracia.

Elena quiso justificarse.

—Le estaba diciendo la buenaventura...

—Schuyler tiene algo importante que decirte... te está esperando en el salón.

Elena se fué triste. Halló en su camino a David que venía de la botica de un amigo suyo y la entregó los polvos que debían aliviar el dolor de cabeza del señor Raynor.

Cariacontecido salió Alán de la tienda. Al poco rato, mientras paseaba su mal humor, vió a Schuyler que también salía de donde él recibiera el desaire de la madre de Elena, y le dijo:

—He perdido, Alán; es a usted a quien quiere ver.

Le engañó como un villano, pues en lugar de encontrarse con Elena se vió otra vez frente a frente de su madre. Al verle otra vez allí dentro en busca, sin duda alguna, de su hija, empezó a tratarle de un modo despectivo y cruel. El pobre muchacho perdió su norte y entre tantos tapices, sedas, turbantes y telas,

hízose un embarullo y no pudo dar con la salida.

Entretanto, en el salón Federico Raynor se encontró con su viejo amigo el Jefe de Policía Murphy, y le invitó a que le acompañara hasta la tienda de su hija, para que ésta le adivinara el futuro.

Cuando entraron, fué en el momento en que Alán, más aturdido que nunca, daba vueltas alrededor de la tienda, sin lograr dar con la salida y cuando la esposa de Raynor, en un momento de exasperación, le dedicaba unas frases que por lo visto tenía reservadas para tales casos, pues nunca figuraron hasta entonces en su repertorio de dama distinguida.

Ya más segura de sí, cuando vió a su esposo y a Murphy, ordenó más imperiosamente:

—;Sal de aquí!

Raynor, creyendo iban dirigidas a él aquellas palabras, fué a obedecer, pero entonces ocurrió un accidente con todos los caracteres de catástrofe.

Alán, poseído de un pánico sin límites, fué a salir, por dondequiera que fuese, y tropezando con unos barrotes que eran el sostén de la tienda empujó con todo su vigor, y se vino todo al suelo. Los cuatro quedaron debajo de los tapices y las sedas. El público acudió inmediatamente y haciéndose cargo de la situación apurada de los que se hallaban enterrados, levantaron las telas para ayudarles a salir.

Los primeros en salir fueron Raynor y Murphy, quienes viendo un bulto que se movía aún allí debajo, y que sin duda era aquel entrometido causante del hundimiento, le sujetaron fuertemente entre los dos, y como los tapices ahogaban sus lamentos, le azotaron sin compasión en las espaldas. Su sorpresa no tuvo límites cuando descubrieron que no al bribón sino a la esposa de Raynor habían dado aquella fenomenal paliza.

Alán, como su miedo era cerval, cuando la tienda se derrumbó, se tendió cuan largo era, y como un reptil, arrastrándose, salió de aquella sepultura sin que nadie de los interesados se diera cuenta.

La familia Raynor, después de tantos disgustos, quiso marchar. Ya se dirigían a la escalera cuando los vió Schuyler. Este tenía en aquel momento un chiquillo de corta edad en sus brazos, que se lo había dejado por un momento la madre hasta hallar a su marido. Viendo que los Raynor iban a salir, se dirigió hacia ellos, teniendo la suerte de encontrarse a Alán en su camino. Sin pensarlo un momento, le dejó el chiquillo que él llevaba en brazos de su enemigo y descargado y sonriente, se fué para acompañar a los Raynor.

Cuando les alcanzó, y todos detenidos por un instante, Elena se fijó en Alán y en el chiquillo que llevaba en brazos, e inquirió intrigada:

—¿De quién es aquel nene?

—¿De quién ha de ser? ¡Suyo! — contestó Schuyler.

Con una mirada de infinita reconvención Elena se despidió del hombre a quien considerara hasta entonces su amor.

Entretanto Alan no sabía qué hacer con aquel crío, y ya se decidía a dejarlo para que corriera a sus anchas, si no hubiese observado que Murphy se dirigía a él con cara de pocos amigos. Se azaró; el chiquillo le salvó aquella vez. Tocándole la cara y mirándole con ojos cariñosos, decía:

—Te quiero, papáito lindo...

Murphy sintió reblandecérsele el corazón al oír las palabras del chiquilín.

—Si no tuviese usted al niño en sus brazos, le daba un sopapo que se iba a acordar toda la vida.

Pero tan pronto el policía volvió la espalda, cuando Alán, cansado del pequeñuelo, lo dejó en el suelo y se fué.

—¿Dónde está el padre de este nene? — inquirió una dama, recogiéndole.

Ya se había formado un corro y Murphy acercóse para ver qué ocurría. Enteróse del abandono del chiquillo, y como conocía a su padre fué él mismo a buscarlo, hallándolo en el preciso instante que iba a salir. Le miró severamente de pies a cabeza.

—Si vuelve usted a dejar a su hijo, lo mandaré a la cárcel en una ambulancia.

Y se lo puso otra vez en los brazos.

En esta situación se hallaba cuando vió a

su amigo David. Mientras le narraba las cosas que le habían sucedido aquella tarde, vieron llegar a un hombre que desatinado iba buscando a alguien. David lo conoció inmediatamente: era el boticario que le había despachado los polvos para el dolor de cabeza.



—Te quiero, papáito lindo...

Le preguntó a quién buscaba. Por toda respuesta, él a su vez preguntó:

—¿Se los tomó usted?

—¿Eh?

—Los polvos para el dolor de cabeza que le preparé...

Estaba sofocado. No podía acabar de decir lo que quería. A borbotones, terminó:

—No los toque... tirelos... puse veneno por equivocación.

Alán estaba desesperado, ante la responsabilidad y el disgusto que daría a su novia. Decidido dejó el chiquillo, y cuando iba a lanzarse a la calle en busca de un taxi que le llevara a alcanzar a la familia Raynor, un hombre, cruzado de brazos, le miraba fijamente: era el Jefe Murphy.

Sonrió, con una sonrisa forzada, y tomó el chiquillo de la mano. Salió a la calle y sin dejar a éste, tomó un taxi ofreciéndole una gratificación espléndida si alcanzaba el coche de los Raynor.

Minutos después otro automóvil salía disparado tras del de Alán. Eran los padres del niño, que desde largo rato iban buscándole desesperadamente sin hallarlo. Murphy, que estaba, en todo, cuando le hubieron dado las señas ya supo inmediatamente de quién se trataba y conocía, además, todas las señas del que se lo había llevado. Pues a él no le cabía ninguna duda de que el pequeño había sido raptado.

El automóvil que alquilara Alán tiraba a una velocidad demoniaca. Ya divisaban el coche de los Raynor — que habitaban varios kilómetros lejos del centro — cuando un pinchazo inoportuno les obligó a detenerse. Iban a perder a los Raynor, y acaso la vida del padre de Elena. Alán no se inmutó. Por allí cerca había un campo de aterrizaje y una estación de aeroplanos. Allí se dirigió e inme-

diatamente tuvieron un aparato dispuesto para él.

Rogó al jefe:

—¿Quiere usted guardarme el nene hasta que regrese?

Entretanto él vistióse el paracaídas. Era una ley preventiva del gobierno que cada pasajero llevase su aparato para el caso de un desgraciado accidente.

Le hicieron la advertencia:

—Si algo ocurre, tire de este anillo y el paracaídas se abrirá solo...

Montó en su departamento y cuando el aparato habiése elevado unos centenares de metros observó que el nene iba sentado tranquilamente en un ala, contemplando maravillado el espectáculo que se ofrecía a sus pies.

Asustóse por el peligro que corría la vida del pequeño, y haciendo piruetas de acróbata consiguió hacerlo llegar hasta su departamento; y ya más tranquilo se puso a observar con unos prismáticos lo que le faltaba para alcanzar a los Raynor.

Pudo observar como Elena daba unos polvos a su padre, sin duda el veneno, pero afortunadamente el viento se los llevó.

Elena preparó otro papelito, pues su papá se sentía más que nunca con fuerte dolor de cabeza. Pero quedó sin tomarlo. Un caso insólito que no se da todos los días llamó su atención.

Delante de ellos iba un aeroplano y un bulto extraño lanzóse al vacío.

Lo ocurrido fué que el chiquillo, que iba sentado en las rodillas de Alán, aprovechando que este estaba mirando con los prismáticos, cogió la anilla del paracaídas y tiró con fuerza. El aparato abrióse un poco, y recogiendo entonces una gran cantidad de aire, acabóse de desplegar, y tiró fuertemente a Alan y al pequeño al espacio. Alán apretó contra sí el chiquillo, pero su confianza creció de punto cuando vió que el paracaídas era un aparato útil, que, meciéndose suavemente en el espacio, iba descendiendo paulatinamente.

Al llegar casi a ras del suelo, el paracaídas, siempre en descenso, cruzóse con un carro cargado de paja, y a él fueron a parar nuestros dos personajes; pero el paracaídas aún tenía fuerza y arrebató a Alán envuelto en una bala de paja, para arrastrarlo unos metros más.

Detrás venía el auto de los Raynor y cuando vieron que una mole se les venía encima, tuvieron un susto mayúsculo. Pasó como una tromba sobre su coche, dejándole completamente inundado de paja.

Cuando se hubieron repuesto de la impresión notaron con extrañeza que Elena había desaparecido, y en su lugar les había quedado un nene.

Llegó el otro automóvil y descendió de él el nunca bastante bien ponderado Murphy, quien victorioso señaló a los padres del chiquillo su hijo. Había obtenido un triunfo más.

—Ahora es preciso que busque usted a mi hija — le dijo Federico Raynor.

—No es preciso, papá — dijo la riente Elena.

Volvieron los ojos y sobre un montón informe de paja vieron a los dos enamorados, estrechamente enlazados.

Sólo se apaciguaron las centellas de los ojos de Raynor cuando conoció el heroísmo de Alán por salvarle a él del peligro de los polvos...

...y dió su consentimiento...

...y David volvió a servir de cura, para que Alán ensayara el acto supremo.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
BETTY BALFOUR

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa comedia dramática

LAZOS SAGRADOS

por GINA PALERME

Postal-obsequio: ADOLPHE MENJOU

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes

Precio: 30 cts.

LEA USTED

El coche número 13

Versión castellana de la famosa novela
de XAVIER DE MONTEPIN

Creación de la bellísima LILI DAMITA

Es el quinto libro de las EDICIONES
ESPECIALES de

La Novela Semanal Cinematográfica

96 páginas 16 páginas de fotografías

Se ha puesto a la venta el libro 63 de
la Biblioteca de *Los Grandes Films* de
La Novela Semanal Cinematográfica

La novia fingida

por MAE MURRAY

Próximo número:

EL MÍSTICO, de Santiago Rusiñol

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barberá, 18, BARCELONA. Ferroz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN**